

LARRA Y SU VISIÓN DEL PERIODISMO EN ESPAÑA

Leonard T. Perry*

Uno de los temas que más llama la atención en la obra articulista de Mariano José de Larra es como él percibe el estado del periodismo durante su época. La explicación del alto grado de interés en esta faceta de su obra se resume en las razones siguientes: "Fígaro" es el primer español que vive de su pluma, sus ensayos son aceptados por el pueblo a pesar de que lo pinta como retrógrado, y ejerce su profesión cuando la censura reina suprema, realidad que dificulta la expresión de su actitud crítica. El hecho de gozar de tanta popularidad dentro de un ambiente hostil justifica una investigación en esta área tan conocida y tan bien documentada a lo largo de sus ensayos.

A los efectos de este trabajo dividimos nuestras observaciones en las siguientes categorías: las reacciones violentas del público frente los juicios del periodista; la escasa remuneración recibida por los escritores del día; la censura; el concepto de la polémica literaria mantenida por ciertos españoles de esa sazón; y, los problemas que acosan al redactor de periódicos.

La discusión de la primera categoría se inicia con una referencia a su artículo titulado "Ya soy redactor" el cual describe las reacciones violentas de un dramaturgo con un periodista cuya posición requiere una evaluación de su drama. Cuando aquél averigua que su pieza teatral deja mucho que desear, él insulta al periodista simplemente porque discrepa de su juicio crítico.

—¿De teatros? Voy allá.

—Yo escribo para el público, y el público, digo para mí, merece la verdad: *el teatro, pues, no es teatro, la comedia es ridícula: el actor A es malo, y la actriz H es peor.* ¡Santo cielo! Nunca hubiera pensado en abrir mi boca para hablar de teatros. Comunicado a renglón seguido en mi papel y en to-

dos los contemporáneos, en que el autor de la comedia dice que es excelente, y el articulista un *acéfalo*: se conjuran los actores, cierran la puerta del teatro a mis comedias para lo sucesivo, y ponen el grito en los cielos. ¿Quién es el fatuo que nos critica? ¡Pícaro traductor, ladrón pedante! ¿Y esto logra el pobre amigo de la verdad y de la ilustración? ¡Oh que placer el de ser redactor!¹

El segundo ejemplo es tomado de “El duende y el librero” y registra las reacciones de un escritor que no quiere escribir porque teme que el lector lo ataque físicamente, creyéndose equivocadamente el objeto de su crítica.

—Es cierto; pero no se puede evitar el que haya tontos que se crean el objeto de sátira del autor, cuando éste tal vez no les ha hecho el honor de acordarse de ellos para tomarlos por modelos; y menos se puede evitar el que muchos de estos tontos quieran echarla de valientes y vayan todos los días a desafiar al redactor, que tiene entonces que dejar a todas horas la pluma para tomar la espada y dar satisfacción particularmente a cada individuo de los que componen el público de lo que sólo ha dicho a éste en general;... (p.7, Vol.I)

La tendencia por parte del pueblo de confundir el esbozo dibujado en el artículo con una persona específica en su sociedad está registrada por Larra en “La polémica literaria” cuando dirigiéndose al lector, afirma “Señores que no hago retratos personales, que no critico a uno critico a todos.” (p.264, V.I) A pesar de que Larra ofrece una larga serie de hechos que confirma lo dicho, el pueblo jamás se convencerá de que es así, actitud que lo hace proclamar irónicamente, “Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.”⁴ (p.264, V.I)

La escasa remuneración económica que los escritores de su época reciben es una consideración muy importante para Larra, porque él vive de su pluma y por que considera, a los que ejercen esta profesión con distinción, contribuyentes al bienestar nacional y como tal dignos de su justa recompensa. En la opinión de Larra los que escriben son muy mal pagados. A pesar de que “Fígaro” es uno de los periodistas más cotizados de su época tiene sus dificultades económicas. Según el profesor Luis Lorenzo-Rivero “Sus propias preocupaciones económicas le ocuparon más de lo que se viene creyendo. Larra nunca vivió con holgura, aunque siempre lo hizo con decoro. Sus

estipendios de periodista fueron relativamente pequeños, hasta que firmó sus contratos al regreso de este viaje.”²

Cuando Larra empieza a escribir sus artículos le era muy difícil ganarse la vida, realidad notada por él mismo cuando dice “... en España la dedicación a las letras significa obligadamente hacer un voto de pobreza eterna.”³ Otra ocasión que revela como su profesión lo deja impecunio está confirmada en una carta escrita por su madre a don Eugenio, el tío de él donde ella anuncia que Mariano “ni tiene dinero, ni casa, ni crédito.”⁴

Es su artículo “Modos de vivir que no dan de vivir” Larra subraya la triste realidad que de todos los oficios el que menos rinde es el del escritor. “... en España ningún *oficio* reconozco *más menudo*, y sirva esto de conclusión, ningún *modo de vivir que dé menos de vivir* que el de escribir para el público...” (p.108, V.II)

En su artículo “Don Timoteo o el literato”, “Fígaro” habla al lector de lo mal pagado que son los escritores de la época agregando que en parte esto se explica porque dicha profesión atrae personas profesionalmente incompetentes creando así una situación poco propicia a la divulgación de la verdad y la expresión artística.

El estado de la literatura entre nosotros y el heroísmo que en cierto modo se necesita para dedicarse a las improductivas letras, es la causa que hace a muchos de nuestros literatos más insoportables que los de cualquier otro país;... (p.259, V.I)

La presencia de la censura durante el reinado de Fernando VII representa el punto de vista absolutista de este monarca y sirve como fuerte respuesta reaccionaria contra el movimiento liberal en general y la libertad de prensa en particular. La pugna entre estas opuestas ideologías es parte integral de la época en que Larra escribe sus artículos. Dos factores que apoyan la libertad de prensa de esos años son la constitución de Cádiz de 1812 y la ley de imprenta. La constitución proclama en el artículo 371

Todos los españoles tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revisión o aprobación alguna anterior a la publicación, bajo las restricciones y responsabilidad que establezcan las leyes.⁵

En la misma vena la ley de imprenta declara en el artículo I que

Todos los cuerpos y personas particulares, de cualquiera condición y estado que sean, tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revisión o aprobación alguna anteriores a la publicación.⁶

Con la terminación de la Guerra de Independencia y la llegada de Fernando VII, España se convierte en una monarquía autócrata motivada por las creencias del soberano. El rey alentado por el pueblo y, en particular, por em “manifiesto de los persas” que, declara “Que se estime siempre sin valor esa Constitución de Cádiz y por no aprobada por V.M. ni por las provincias.”⁷ decide anular la constitución y los decretos aprobados por Las Cortes:

Nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno como si no hubiesen pasado jamás tales actos y se quita- sen de en medio del tiempo, y sin obligación en mis pue- blos, y súbditos de cualquiera clase y condición a cumplir- los ni guardarlos.⁸

La derrota de la fuerzas napoleónicas señala la emigración de “no menos de diez mil españoles ‘afrancesados’, entre los cuales figuraban, además de notables escritores, profesionales y hombres de ciencia, los funcionarios más aptos e inteligentes con que contaba el país...”⁹ El año siguiente el número de exilados compuestos de “patriotas” y “liberales” llega a 15.000 personas. A pesar de esta emigración masiva hay un número suficiente de ciudadanos descontentos dentro del país que desean reformar el gobierno. La combinación de este grupo interior, con los exilados bajo el mando de Rafael Riego participan en una rebelión contra el régimen fernandino.

En dos meses los insurgentes convencen al rey jurar la misma Consti- tución que había abolido seis años antes.¹⁰ Después de tres cortos años de libertad el rey pone fin al trienio liberal con la llegada de cien mil soldados bajo los auspicios de La Santa Alianza y dirigidas por el duque de Angule- ma. El régimen que sigue se caracteriza por una censura férrea del ministro Calomarde que dura casi diez años, hasta la muerte de Fernando VII.

Esta época, llamada “la ominosa década”, se caracteriza por la supre- sión de periódicos, publicándose sólo cuatro en Madrid en 1824. Los últi- mos años del reinado señalan un aumento de publicaciones, con seis circulan- do en 1831, once en 1832 y quince en 1833. Un año después de la muer- te del soberano que Gregorio Marañón considera “el rey más funesto de nuestra historia.”¹¹ aparecen treinta y seis periódicos en Madrid, hecho que

refleja la llegada de una época mas tolerante en cuanto al periodismo y la expresión de las ideas.

Los años fernandinos, con su arrogante supresión de la libre expresión de pensamiento representan el marco en que Larra dibuja las actitudes atrasadas de su país, cuadro cuya razón de ser reside en último análisis, en el gobierno que censura toda idea propresista. El hecho de que "Fígaro" puede imprimir sus ideas críticas en este ambiente sirve de elocuente testimonio de su habilidad de escritor y de su clara y acertada visión de lo que es la nación española.

En su artículo "La policía", "Fígaro" ataca la censura, valiéndose de una estructura irónica donde parece alabarla mediante la repetición de las frases "¿no es cosa buena?" En el primer caso Larra critica la política de negar al escritor el derecho de expresarse.

¿Pues no es cosa buena y rebuena que nadie puede decirle a usted una palabra? Que manda usted, y que no manda usted mal, pero que es usted hombre de calma; y como había usted de mandar algo bueno, no manda usted nada, ni bueno ni malo. (p.451, V.I)

Más adelante concluye que la censura no es buena para el escritor a quien le está prohibido registrar sus opiniones porque así no contribuye ni a la verdad ni a su bienestar económico, impidiendo de esa manera que el país se enriquezca con la pluralidad de observaciones.

¿Pues no es un placer verdaderamente que si hay algún escritorzuelo atrevido que sale a decir: "Esto no marcha", salga por otra parte el censor que usted le pone, y le escriba en letra gorda y desigual al pie del folleto: *¿Esto no puede correr?* Vaya si es cosa buena. (p.451, V.I)

En el mismo artículo "Fígaro" alude a la policía política y como España podría progresar si no la hubiera. El problema de esta arma de la monarquía es que censura la libre expresión de ideas y así constituye un severo impedimento al progreso; al contrario de lo que sucede en los Estados Unidos e Inglaterra, países que por disfrutar de un alto grado de libertad muestran un significativo progreso económico que contrasta con el estado de atraso que en esa área en el momento aquel presenta España. Larra expresa esta posición como se ve en la cita siguiente:

En los Estados Unidos y en Inglaterra no hay esta política política; pero sabido es en primer lugar el desorden de ideas que reina en aquellos países;... como ha dicho muy bien otro orador, debemos aprender algo en el, y no seguir las mismas huellas de los países demasiado libres, porque vendríamos a parar el mismo estado de prosperidad que aquellas dos naciones. (p.453, V.I)

Otro caso interesante referente a cómo funciona la censura se encuentra en la posible explicación de la suspensión de "El duende satírico del día", periódico fundado por el joven Larra y primer vehículo de sus artículos. Según el profesor F. Courtney Tarr, Larra en las páginas de este periódico ataca a "El correo literario y mercantil", hecho que el hispanista norteamericano califica como "Extreme and unfair as his method here is, Larra's basal idea is the same as that which animates the later "Fígaro": love of truth and hatred of ignorance, superficiality, and sham."¹² Poco después del incidente, "El duende satírico" no vuelve a aparecer. Según Tarr la creencia tradicional es que fue suprimido por el censor, mediante la sugerencia de José María Carnero, editor de "El Correo literario y mercantil" como represalia por la crítica de Larra contra su revista. Este teoría aparece en la biografía de Cortés que se incluye en el libro de Carmen de Burgos.¹³ Tarr, en su deseo de presentar la situación de la manera más objetiva que caber pudiera también admite otra posible explicación de la suspensión de "El duende", esto es, que ninguna editorial quería tomar el riesgo de publicarlo.¹⁴

Teniendo en cuenta la supresión de la libre expresión de palabra que caracteriza el régimen calomardeano es difícil que Larra critique los abusos del gobierno en esa España. Para evitar el problema Larra aparentemente dirige su crítica contra la sociedad y no contra el gobierno. Se encuentra un ejemplo de esta estratagemata en su primer artículo "El duende y el libro" cuando el narrador dice:

Sí, señor, el Gobierno vigila sobre la sociedad, y la sociedad no cesa de conspirar a desbaratar los buenos fines del Gobierno. Sí, señor; este protegería tal vez a quien criticase los vicios y los abusos, porque estos siempre conspiran contra el Gobierno;... (p.7, V.I)

Según José Escobar está seguro de que:

Larra no creía que el Gobierno de Calomarde “vigilaba sobre la sociedad” en el sentido de que cuidaba de su bienestar; solo podemos admitir la sinceridad de la frase si tomamos el término “vigilar” en doble sentido, lo cual, teniendo en cuenta el carácter travieso del *Duende*, no es nada descabellado.¹⁵

La postura que adopta “Fígaro” en el artículo citado, constituye lo que Tarr llama, engañar con la verdad, técnica satírica admirablemente empleada para evitar la censura y compuesta de tres partes: (1) decir una cosa inocente, (2) implicar lo contrario, y (3) querer decir en el fondo lo primero aunque en otro y más profundo sentido.¹⁶

Una de las formas periodísticas utilizadas en la prensa del siglo XIX es la polémica literaria cuyo nombre Larra toma como título de un artículo escrito por él para mostrar la actitud equivocada mantenida por unos espafioles en cuanto a la correcta intención y desarrollo de este género periodístico. Aunque él sabe que cierta facción de su sociedad, en la teoría, se da cuenta de que su intención debe ser la discusión de una cuestión importante y que su desarrollo bien entendido se logra mediante una lógica discusión de los hechos pertinentes del tema a mano, no obstante en la práctica muchos de ellos se olvidan de esto. Larra escribe “La polémica literaria” para corregir esta discrepancia entre la teoría y la práctica y así convencer al lector de la necesidad para subordinarse al uso razonable de los dos componentes de este género periodístico.

La proyección de este tema se divide en dos partes: los consejos que pide un joven escritor tocante a cómo debe comportarse dentro del contexto de la polémica y las, repuestas que Larra le ofrece como solución a su problema.

En la primera se ocupa de la delineación del carácter de este joven a quien le interesa más figurar como literato que entrar en un serio intercambio de ideas concernientes a los méritos de una cuestión problemática. El diálogo empieza cuando el muchacho visita el despacho de Larra para preguntarle sobre un artículo que él acaba de publicar. Sus reacciones frente al aspirante a escritor sirven para establecer su carácter frívolo e incompetente cuya intención al consultar a “Fígaro” no parece ser nada honrada.

...cuando un cariacontecido mozalbete con cara de literato, es decir, de envidia, se me presento, y mirádome zaíno y torcido, como quien no camina derecho, ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropo, que yo eché

en saco roto, cómo tenía que consultarme y pedirme consejos en materias graves. (p.265, V.I)

Como se verá a través del diálogo sostenido entre "Fígaro" y el joven, el presentimiento de confianza percibida en la última cita está bien fundada. La primera señal de lo dicho se encuentra en la exagerada importancia que el muchacho da a su artículo. Para él es de mucha urgencia contestar al periodista que ataca su artículo. "Es el caso que yo también quiero contestar porque ¿Qué dirá el mundo y sobre todo la Europa si yo no contesto?" (p.263, V.I) La reacción de Larra frente las pretensiones del polemista sirven para poner en perspectiva la realidad de la situación, que totalmente carece de importancia, actitud que Larra revela cuando dirigiéndose al muchacho dice sarcásticamente, "Cierto: no se piensa en otra cosa en el día sino en Portugal y en su artículo de usted." (p.265, V.I)

A renglón seguido Larra precisa la falta de claridad en cuanto al contenido del citado artículo cuando hace que el joven le explique al narrador "... el hecho es que en la cuestión no nos entendemos ni él, ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrían decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir..." (p.265, V.I)

La próxima faceta que Larra censura es la idea de que se puede presentar un argumento contundente de una materia confusa y equivocada cuando el polemista sugiere "Con la vasta erudición que usted me va a proporcionar yo haré trizas a mi contrario." (p.265, V.I)

Estos errores cometidos por el polemista son la falta de una clara definición y conocimiento de la cuestión bajo su discusión y la de un procedimiento lógico e informativo en desarrollar su punto de vista; fallos que contribuyen a un estado de confusión que imposibilita un eficaz intercambio de opiniones significativas. El peso de las ideas erróneas dibujadas en esta primera parte es tanto que causa un estado de desesperación en Larra, cuyo única respuesta como hombre instruido y razonable es la de expresar su desacuerdo dando a su interlocutor una serie de consejos emitidos irónicamente los cuales constituyen la segunda parte de su artículo. Los consejos que Larra da al joven se dirigen a cómo debe ganar la polémica. El primero es que el joven debe hablar en su artículo de todos menos la cuestión central. "— ¡Ay amigo, — y qué poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe a pa." (p.265, V.I)

El segundo consejo irracional que Larra ofrece es atacar a la personalidad de su contrincante, dado que una respuesta bien pensada no tiene nada que ver con la polémica literaria ya que los que utilizan este género periodístico no leen ni piensan. "¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez

de buscar libros que confirmen la opinión de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario." (pp.255-256, V.I) En la misma vena Larra considera inútil valerse de razones lógicas para ganar la discusión teniendo en cuenta el ambiente irracional tocante a las polémicas literarias de aquel entonces, "— Yo pensaba dar razones y probar... — No señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder?" (p.256, V.I)

El artículo termina con una serie de ejemplos que reflejan esta faceta de la polémica y la observación de que en España esta especie de ciudadano abunda mucho, posiblemente porque el estado de ignorancia en materia literaria es muy marcada.

En la última parte de este trabajo discutimos el artículo de Larra titulado "Ya soy redactor", en el cual nuestro escritor relata los desencantos que sufre el redactor de periódico. Hay dos momentos que definen ese artículo: primero, la descripción de la ilusión y del reto que esperan al periodista lleno de idealismo y buenas intenciones y, segundo, la dura realidad que subraya la discrepancia entre lo ideal y lo real. El primer momento consiste de un monólogo donde el redactor contempla la satisfacción que cree recibirá al ver "... diariamente consignadas en indelebles caracteres de imprenta mis propias ideas... y el contar y recontar al fin de mes los sonantes doblones que el público desinteresado tiene la bondad de depositar en cambio de papel en los arcones periodísticos de una empresa; luz y antorcha de la patria, y órgano de la civilización del país." (p.199, V.I)

La articulación de estas esperanzas loables pero equivocadas desempeñan un papel clave en comunicarle al lector de este artículo el impacto producido a raíz del choque entre sus esperanzas y la verdad totalmente opuesta a ellas.

El segundo momento se concreta a lo largo de la delineación de sus deberes profesionales. Bastan dos ejemplos para ilustrar la técnica empleada por el autor y su orientación ideológica. La primera tarea periodística que corre a su cargo es la de reseñar un libro que el redactor considera indigesto. Este trabajo se le hace difícil porque su autor, le manda una carta seductora invitándole a comer, alabando los talentos del crítico y diciéndole que está seguro que su juicio será objetivo. "Resista usted a estas indirectas, y opte usted entre la ingratitud y la mentira." (p.200, V.I) Otro ejemplo tiene que ver con las traducciones de noticias que resultan inaceptables al editor del periódico.

...esta noticia es inoportuna; ésa arriesgada; la otra no conviene; aquélla de más allá es insignificante; estotra es buena, pero está mal traducida. (p.200, V.I)

“Fígaro” cierra cada uno de estos ejemplos con la frase “¡Oh, qué placer el de ser redactor!” la cual sirve para poner de relieve la diferencia entre lo que es y lo que debe ser y así llamar la atención del público de que existe en esta faceta de la vida nacional una necesidad de reformas.

Los otros ejemplos que componen ese ensayo reflejan la misma fórmula. Lo único que cambia es la lista de las dificultades que tiene en emitir su juicio periodístico sobre obras literarias, teatro, y política.

Las observaciones de Larra notadas en este trabajo, representan varias áreas problemáticas tocantes al libre ejercicio del periodismo en un país donde el soberano reinante es absolutista y el pueblo firme en su deseo de no progresar. Enfrentado con estos contratiempos Larra traza con ojo certero y pluma hábil las particularidades que constituyen el ambiente periodístico de su época. Así, él espera despertar la conciencia de su sociedad, una sociedad que equivocadamente cree ver en la España de aquel entonces un reflejo de las palabras emblazonadas en el escudo nacional, “una, grande y libre”.

NOTAS

¹Mariano José de Larra (“Fígaro”), Biblioteca de Autores Españoles, I, edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano, Madrid, 1960. Las citas siguientes de este artículo, se toman de esta edición, indicándose en paréntesis en el texto el número de página.

²Luis Lorenzo-Rivero, *Larra: Lengua y Estilo*. (Madrid: Playor, S.A., 1977), pp. 42-43.

³Ismael Estevan Sánchez, *Mariano José de Larra (“Fígaro”). Ensayo biográfico redactado en presencia de numerosos antecedentes desconocidos y acompañado de un catálogo completo de sus obras*. (Madrid, 1934), p.29.

⁴Ibid.

⁵Pedro Gómez Aparicio, *Historia del Periodismo Español*. (Madrid, 1867), v.1, p.82.

⁶Ibid., p.81.

⁷Ibid., p.118.

⁸Ibid.

⁹Vicente Llorens, *Liberales y Romanticos*, 2ª edición. (Madrid, 1968), p.10.

¹⁰Ibid., p.12.

¹¹Gregorio Marañón, *Espanoles Fuera de España*, 3ª edición. (Madrid, 1943), p.71.

¹²Courtney Tarr, “El duende satírico de día”, *Modern Philology*. (The University of Chicago Press, Chicago, Illinois, 1928), p.42.

¹³Carmen de Burgos, *Figaro*. (Madrid, 1919), p.13.

¹⁴Tarr, ob.cit., p.44.

¹⁵José Escobar, *Los Orígenes de la Obra de Larra*. (Madrid, 1973), p.134.

¹⁶Courtney Tarr, " 'El pobrecito hablador', estudio preliminar", *Revue Hispanique*, LXXXI, 2^a parte. (1933), p.429.

*Department of Languages
Clemson University
Clemson, SC 29631 USA.